

Si un libro de jardinería, un manual de pesca, un opúsculo teológico y una compilación de poesía se encuentran allí juntos, sus páginas parecen yuxtaponerse fácilmente y casi declarar un parentesco estrecho, similar al que se observa en los lomos de los libros particulares, tan afines en el color —y todos rigurosamente de la misma época.

(...)

Es esencial comprar libros que no vayan a ser leídos *enseguida*. Al cabo de uno o dos años, o acaso de cinco, diez, veinte, treinta, cuarenta años, llegará el momento en que se sentirá la necesidad de leer precisamente ese libro —y tal vez lo encontraremos en un estante poco frecuentado de la propia biblioteca—. Mientras tanto, puede suceder que ese libro se haya vuelto irreplicable, y difícil de encontrar incluso en un anticuario, porque es de escaso valor comercial (ciertos libros de bolsillo parecen disolverse rápidamente en el aire) o incluso porque se ha vuelto una rareza y entonces vale mucho más. Lo importante es que ahora se pueda leer *enseguida*. Sin más búsquedas, sin la necesidad de buscarlo en una biblioteca. Operaciones laboriosas, que cancelan la inspiración del momento.

Qué extraña sensación cuando se abre ese libro. Por un lado, la sospecha de haber anticipado, sin saberlo, la propia vida, como si un demonio sabio y malicioso hubiese pensado: «Un día te ocuparás de los Bogomilos, aunque por ahora no sepas casi nada de ellos». Por otra parte, un sentimiento de frustración, como si sólo fuéramos capaces de reconocer aquello que tiene que ver con nosotros con gran retraso. Después nos damos cuenta de que esa doble sensación se aplica también a muchos otros momentos de nuestra vida. Valéry escribió una vez que «estamos hechos de dos momentos, y del retraso de una 'cosa' sobre sí misma».

Hoy la informática ha reducido enormemente los tiempos de espera y de búsqueda de un libro. Es uno de los muchos ejemplos de la omnipotencia ilusoria creada por las máquinas. Pero esto no quita en absoluto el encanto de encontrarse entre las manos —inmediatamente— un libro de cuya necesidad no teníamos conciencia hasta un momento antes. El gesto decisivo es el de haber comprado algo, un día, pensando en que su uso era sólo hipotético.

Existen además los libros molestos, aquellos que una biblioteca no debería acoger, sobre todo porque incomodan a sus vecinos de estante. Son la contrapartida de la regla del buen vecino. Cosa que se aplica rigurosamente, porque se sabe que basta el color de una fachada para arruinar un paisaje. Así como una editorial se funda sobre los *no*, mucho más numerosos que los *sí*, una biblioteca debería fundarse sobre amplias exclusiones. Para los autores del pasado, puede tratarse de ediciones superadas o defectuosas o repetidas. Hay, también, algunos escritores que pueden caer por pura falta de interés. Pero lo más peligroso son sobre todo los regalos de los contemporáneos, que por motivos diversos les llegan a escritores, editores, críticos y periodistas, a veces con inquietantes dedicatorias. Libros que, con frecuencia, se presentan como los *verdaderos*, pero no son nunca algo que se hubiera querido buscar. No es fácil deshacerse de ellos. Borges usaba a veces este procedimiento: salía con un paquete de libros debajo del brazo, se sentaba en un café o en una librería (su preferida era La Ciudad), tomaba algo o simplemente pasaba un rato mirando a su alrededor y después salía, dejando los libros sobre la mesa. Sólo debía encontrar el momento en que no hubiera alguien lo suficientemente servicial como para restituirle el paquete olvidado.

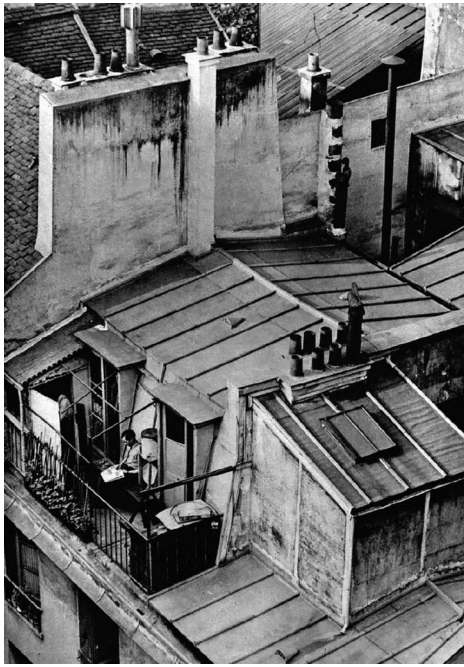
¿Cómo ordenar la propia biblioteca? Es un tema altamente metafísico. Me sorprende que Kant no le haya dedicado un breve tratado. De hecho, ofrece una buena ocasión para indagar en la cuestión capital: ¿qué es el orden? El orden perfecto es imposible, sencillamente porque existe la entropía. Pero sin orden no se puede vivir. Con los libros, como con todo lo demás, es necesario encontrar un término medio entre esas dos afirmaciones.

En lo que se refiere a los libros, el mejor orden no puede sino ser plural, al menos tanto como lo sea la persona que usa esos libros. Debe ser, además, sincrónico y diacrónico a la vez: geológico (por estratos sucesivos), histórico (por fases y caprichos), funcional (en relación con el uso cotidiano en un momento determinado), técnico (alfabético, lingüístico, temático). Está claro que la yuxtaposición de estos criterios tiende a crear un orden por parches, muy cercano al caos. Lo cual puede suscitar, según el momento, alivio o incomodidad. La única regla áurea es la del *buen vecino*, formulada y aplicada por Aby Warburg, según la cual, en la biblioteca perfecta, cuando se busca un determinado libro, se termina por tomar el que está al lado, que se revelará aún más útil que el que buscábamos. He experimentado personalmente la verdad de esta regla durante mi estancia en Londres, hacia mediados de los años sesenta, para escribir mi tesis sobre *Los jeroglíficos de Sir Thomas Browne*. Dividía mis días entre el British Museum (todavía en la admirable Sala Panizzi, ya inexistente) y el Warburg Institute, a unos diez minutos de distancia. En el Warburg, donde cada lector puede tomar por sí mismo los libros que necesita, no pocas veces me encontré descubriendo esos buenos vecinos.

(...)

Resulta reconfortante ver en una misma estancia un cierto número de estantes ocupados por la Loeb Classical Library y por las Belles Lettres o por la colección Lorenzo Valla. Estos libros deben estar juntos porque quien está interesado en un clásico griego o latino es un lector potencial de todos los demás, así como quien posee un volumen de la *Patrologia* de Migne (o, más probablemente, de las Sources Chrétiennes) pasará fácilmente a algunos de los otros. Lo mismo vale para los Sacred Books of the East, con sus lomos marrón oscuro en la reedición del sello indio Motilal Banarsidass, que se remonta al momento en que la Oxford University Press había renunciado a reimprimir esa gran colección de su catálogo histórico.

Todo esto, que parece obvio para los clásicos, es sin embargo el fundamento de toda colección, por excéntrica que sea. Se puede decir que una colección tiene una razón de ser si quien ha comprado uno de sus títulos es potencialmente un lector, también, de todos los demás. Pero, en la práctica, esto sólo se aplica a un número de casos muy restringido. Puede valer para la Bibliothek Suhrkamp o para la Biblioteca Adelphi, pero resultaría inadecuado para Du Monde Entier de Gallimard, noble colección de narrativa extranjera en la que, sin embargo, las diferencias de calidad e interés entre un título y otro son demasiado pronunciadas como para imaginar un mismo lector que los abarcara. Podemos, por otra parte, tomar el caso de Panorama de narrativas de Anagrama, que significó un afortunado cambio en el gusto, una operación ampliamente anhelada de puesta al día y una prescripción precisa de dirección literaria, al punto de que un poderoso competidor llegó a definir la colección como «la peste amarilla». Lo cual se convirtió en un homenaje. Recuerdo los majestuosos quioscos de la Rambla en los que, junto a pilas de revistas no precisamente púdicas, se levantaban



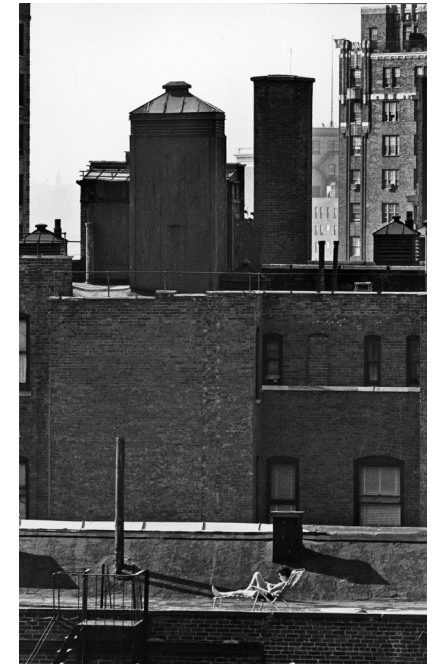
André Kertész, *Quartier Latin, Paris*, 1926.



André Kertész, *Greenwich Village, New York*, 1970.



André Kertész, *Chimneys, West 20th Street*, 1943.



André Kertész, *Untitled (Woman Sunbathing On Roof Reading)*, 1964.

pilas de libros de Panorama de narrativas, que ofrecían una buena parte de lo mejor de la literatura mundial del momento (y perfectamente actualizada). Era una alegría para la vista. En cualquier caso, toda colección que tenga un perfil definido podrá unir todos los libros que la componen dentro de un conjunto que se mantiene a lo largo de los años, y que puede acrecentarse con cada título. El caso más elocuente es *Der Jüngste Tag*, la colección de Kurt Wolff en la que aparecieron libros de novatos que podían llamarse Franz Kafka o Robert Walser o Gottfried Benn o Georg Trakl. A más de un siglo de distancia, esos libros negros, delgados, con etiquetas similares a las de los cuadernos escolares, exigen todavía el *permanecer juntos*, para quien consiga encontrarlos.

(...)

Inevitable en algunas áreas, el orden alfabético resultaría letal si se aplicara a todas ellas. De ciertos libros —sobre los hongos, sobre las plantas en Cornualles, sobre famosas partidas de ajedrez y otros casos innumerables— se recuerda el asunto, pero con frecuencia se olvida al autor. Insertarlo en un orden alfabético general equivaldría a perderlos de vista. Es mejor formar pequeñas islas de temas afines a los que estos libros se adherirán, como conchas a una roca. Existen los *atomos crochus* también entre los temas. Sólo se trata de descubrirlos.

(...)

No siempre los *buenos vecinos* están juntos por afinidad natural. A veces se encuentran porque han sido expulsados de otro lado. Se trata de los libros demasiado grandes, que los estantes normales no consiguen alojar y que con frecuencia terminan en las zonas más inalcanzables,

como apátridas en una sala de espera. Cada uno es un caso aparte —y podría justificar su formato anormal—. Todos esperan un salvoconducto que les permita acceder a lo que es el *desideratum* de todo libro: ser usado.

Existen además casos extremos: en el mismo estante, por encima de los infolios, veo dos volúmenes: *Upanishads des Veda*, traducción de Paul Deussen de las primeras *Upanishad*, diseño gráfico de Peter Behrens, publicado por Eugen Diederichs en 1914; y *Also sprach Zarathustra* de Nietzsche, en la edición diseñada por Henry van de Velde, Insel, 1908. Dos ediciones que hoy serían inconcebibles, aunque sólo sea por el magnífico papel utilizado y por la audacia del diseño gráfico. Es como si en Alemania, entre 1900 y 1914 —pero no en 1915— se hubiera intentado algo extremo, a sabiendas de que sería irrepitible. En este caso, para textos que, por muchas razones, pueden y deben estar uno junto a otro.

Conozco a un sagaz empresario de Nueva York que colecciona sólo libros ingleses del siglo XVII. Cualquier obra, aunque sea de la máxima importancia, si se publicó en 1598 o en 1702 queda fuera de sus intereses. Tiene todos los libros en una habitación con estantes bastante bajos en las cuatro paredes: todos al alcance de la mano, sin necesidad de escalera. En el centro de la habitación, dos butacas y una mesilla de apoyo. Es un lugar en el que se respira la rareza y la maravilla del coleccionismo. Rareza en lo arbitrario de quien establece sus límites ahí donde no existen límites naturales. Maravilla por el sentimiento de completitud y de protección que ofrece aquello que está circunscrito a esos límites. Hay una adquisición de conocimiento en ese arbitrio. Aunque extravagantes en sus temas, esos libros comunican algo que es esencial e intangible: el tiempo.